Auméntanos La Fe // Daniel Del Vecchio

La definición e importancia de la fe

La fe ocupa un lugar esencial en la enseñanza cristiana, especialmente en las palabras de Jesús recogidas en Lucas 17. Allí se nos recuerda que los tropiezos son parte inevitable de la vida, pero también se destaca la gravedad de hacer tropezar a los más vulnerables. Frente a esta responsabilidad, los apóstoles sienten la necesidad de crecer espiritualmente y claman: “Auméntanos la fe”. Jesús responde con la famosa imagen del grano de mostaza, mostrando que el poder de la fe no depende de su tamaño, sino de su autenticidad y de su correcta dirección. Incluso la fe más pequeña, cuando está depositada en Dios, puede realizar lo humanamente imposible.

Una virtud necesaria y en constante batalla

La fe no es simplemente un sentimiento religioso, sino una virtud que debe mantenerse viva en medio de una lucha constante. Cristo mismo, en varias ocasiones, confronta a sus discípulos por su falta de fe. Esto demuestra que la fe es algo dinámico, que puede fortalecerse o debilitarse. San Pablo la llama “la batalla de la fe”, indicando que existe una oposición espiritual real que intenta apagarla. Por eso se considera un tesoro raro: no basta con poseerla, también hay que defenderla contra las dudas, los miedos y las influencias que buscan debilitarla.

Los frutos visibles de una fe viva

Una fe auténtica no permanece escondida, sino que produce frutos visibles. La gratitud, el gozo y la paz son señales

internas, mientras que las buenas obras son manifestaciones externas de una vida guiada por la fe. Hebreos 11 nos recuerda que las grandes hazañas espirituales de la historia bíblica se realizaron por medio de la fe. Cuando la queja domina nuestra vida, es un indicio de que la fe se ha debilitado. Por el contrario, una fe fuerte impulsa a actuar con amor, paciencia y obediencia, reflejando la confianza en las promesas de Dios.

Fe y obediencia: una relación profunda

Creer no es solo aceptar una verdad, sino confiar lo suficiente como para obedecerla. Kierkegaard decía que es difícil creer porque es difícil obedecer, y este principio se ve claramente en la reacción de los discípulos cuando Jesús les ordena perdonar 70 veces siete. Entendieron que obedecer este mandamiento requería más que voluntad humana: necesitaban fe. Por eso la relación entre obediencia y fe es inseparable; no se puede obedecer plenamente sin fe, ni se puede tener una fe robusta sin la disposición de obedecer lo que Dios ordena.

La calidad de la fe, no la cantidad

Jesús demuestra que no se trata de tener una fe grande, sino una fe bien colocada. Una fe pequeña, si se deposita en un fundamento sólido, tiene un potencial inmenso. La imagen de aferrarse a una roca en medio del mar refleja esta verdad: la seguridad no depende de la fuerza con la que nos sujetamos, sino de la fiabilidad de aquello a lo que nos aferramos. Así, el valor de la fe reside en la confianza en Dios, que es inamovible.

El origen y el crecimiento de la fe

Romanos 10:17 enseña que la fe viene por el oír la palabra de Dios. Esto implica que crecer en fe requiere una actitud de apertura y obediencia. Cuando se escucha la voz de Dios pero no se actúa conforme a ella, la fe comienza a disminuir. También puede debilitarse cuando se deposita en cosas sin

fundamento, como opiniones humanas o creencias sin base bíblica. Por eso es vital alimentar la fe constantemente con la palabra de Dios y con una disposición humilde que permita recibir su guía.

La fe como don divino

Dios es quien inicia y perfecciona la fe. Él es la roca sólida en la que se sostiene el creyente. Aunque la fe es un don, también es algo que se prueba y se fortalece a través de las dificultades. Dios promete que ninguna tentación será mayor de lo que se pueda soportar y que siempre habrá una salida. Como el platero que purifica la plata con fuego, Dios permite pruebas para refinar nuestra fe hasta que refleje su carácter.

Pruebas que revelan y fortalecen la fe

Las dificultades no destruyen la verdadera fe; la revelan y la fortalecen. Incluso los discípulos más cercanos a Jesús, como Tomás, experimentaron dudas, pero su fe fue reafirmada. Las mujeres fueron las primeras en creer en la resurrección, demostrando que la fe puede brotar en los corazones más sensibles. A lo largo de la historia de la iglesia, los momentos de persecución han sido también épocas de crecimiento espiritual, donde los creyentes han echado raíces más hondas en Cristo.

Cuando se camina por vista y no por fe

La fe se debilita cuando el creyente decide basarse en lo que ve, siente o razona, en vez de confiar en la palabra de Dios. El razonamiento humano es limitado para comprender los caminos eternos. Cuando las personas buscan entenderlo todo antes de creer, su fe se erosiona. Por eso la Biblia enseña que la fe se ejerce: como un músculo que crece con el uso, la fe aumenta cuando se toman pasos de confianza en Dios en medio de la incertidumbre.

El ejemplo de Cristo y el ánimo para no desmayar

Hebreos exhorta a considerar a Jesús para no desmayar. Él enfrentó contradicción, rechazo y sufrimiento, pero permaneció fiel. Cuando el creyente fija su mirada en Cristo, su fe se fortalece y el desánimo se desvanece. A veces, como en el ejemplo de quien se marea al ver sangre, solo se necesita un momento para recuperar el equilibrio espiritual. Volver la mirada a Cristo es esa acción necesaria para levantar la fe cuando parece que se desvanece.

Reposar en Dios: el secreto de la fe

Hudson Taylor, misionero en China, afirmaba que la fe no surge de un esfuerzo intenso, sino del descanso en Dios. No hace falta una fe gigantesca, sino una fe pequeña en un Dios infinitamente grande. En medio de luchas espirituales, dudas o ataques del enemigo, la meditación en la palabra de Dios y el llenarse del Espíritu Santo renuevan la confianza y permiten experimentar la intervención divina, como en los testimonios personales de sanidad y milagros.

La fe como fruto de la relación con Cristo

La fe se fortalece en la intimidad con Cristo. Cuando la relación con Él se vuelve superficial o descuidada, la fe se debilita. Pero cuando el creyente busca su presencia, medita en su palabra y vive en comunión con Él, su fe crece hasta confiar plenamente en que Dios proveerá todo lo necesario. El Padre está dispuesto a dar el Espíritu Santo a quienes se lo piden con confianza sincera.

La fe pura que mueve montañas

La fe pura, sin mezcla de dudas, tiene un poder

extraordinario. Como el grano de mostaza, no puede mezclarse con otras semillas; es simple y auténtica. Por eso se pide a Dios que quite toda incredulidad, que purifique el corazón y que permita obedecer con firmeza. Esta fe, aunque pequeña, permanece inmovible, pues su fuerza proviene del Dios todopoderoso.

La confianza plena en Dios

La fe genuina no se basa en emociones ni en razonamientos, sino en la palabra fiel de Dios. El ser humano es limitado y débil, pero Dios es omnipotente. Con una fe puesta completamente en Él, se puede actuar con seguridad, tal como Pedro declaró: “No tengo oro ni plata, pero lo que tengo te doy”. Esta confianza permite enfrentar la vida con valentía y poder espiritual.

Agradecimiento y compromiso con una fe creciente

Finalmente, se expresa gratitud por la presencia constante de Dios, quien está dispuesto a obrar maravillas en la vida de quienes confían en Él. El creyente reconoce que no necesita una fe perfecta, sino una fe sincera dirigida hacia un Dios infalible. Con este entendimiento, se compromete a seguir creciendo, descansando en las promesas de Dios y caminando cada día por fe y no por vista.